

Habían pasado tres meses desde aquella noche sonambulesca: yo era ya masón, no precisamente con grado, sino un simple aprendiz. Paseábamos por Bucareli con el joven Gochicoa, cuando se nos acercó un pobre diablo, de cara macilenta y extenuada. Hizo el signo masónico al Sr.

Gochicoa y le dijo que no había comido en dos días..... Yo no llevaba dinero en el bolsillo, pero mi compañero creo que sí lo llevaba. ¿Cual no sería mi sorpresa cuando el Sr. Gochicoa rehusó duramente auxiliar a aquel desventurado?

- Pero, compañero Gochicoa, ¿acaso los masones no son nuestros hermanos?

- Pero, estimable Sr. Herdo, ¿por ventura somos nosotros fondistas?.....

~~~~~

## Un estéril heroísmo

XIII

Paso del Norte es una de las poblaciones más tristes, más escueltas y desoladas que tiene la República. Un Sol implacable reverbera sobre una tierra polvosa y blanca, de un blanco sucio que predispone a las oftalmías; su caserío es de adobe, y sobresaliendo de las paredes, de trecho en trecho, se ven verdes manchales de árboles frutales, por entre cuyo ramaje la cigarra canta acurrucada y la paloma torcaz gime melancólica. El Río Bravo, más que río de agua, es río de lodo, su corriente es turbia y cenagosa, y sus márgenes, donde se ven sauces y álamos raquíticos, nada tienen de poético ni de majestuoso. El horizonte que limita ese paisaje, formando una cadena de montañas, extendiéndose al Nor-Éste, montañas peladas, de rocas basálticas

y rojizas, sin una brisa de yerba, sin una hoja, sin un árbol. En el margen de los Estados Unidos, en el valle, aunque más abrupta y árida que la de México, es, sin embargo, menos desolada y triste.

Los grandes edificios de El Paso, sus calles amplias y macadamizadas, la humedad desprendida del constante regadío, la actividad, la limpieza del pueblo sajón y el confort de la vida americana, forma poderoso contraste con el abatimiento y miseria del lado mexicano. En el estío de 1865, el Sr. Juárez y yo acostumbrábamos pasear en las ardientes horas del medio día, a la orilla del río, bajo un cortinaje de ramas de saúz que debe existir todavía hoy. Allí cuántas confianzas jamás reveladas, qué de esperanzas para siempre frustradas, qué de ilusiones nunca

realizadas! El Sr. Juárez parase veces se sentaba: en el campo ó en su habitación, andaba lentamente, con las dos manos metidas en los bolsillos y la barba inclinada sobre el pecho. Sentado en el tronco de un árbol, D. Benito pasaba y reparaba frente á mí, conversando lentamente y consultando con frecuencia el reloj, como temeroso de que el tiempo pasara breve ó se alejara lento.

Ah! me decía - Sr. Lerdo! Mucho temo que nuestros sacrificios queden perfectamente estériles. ¿Sembraremos el grano en la roca viva? No es que temo del fin de esta lucha, que es la lucha en que venceremos la la peste; mis temores radican en otro punto..... (y al pronunciar estas palabras fijaba la pupila ansiosamente en los Estados Unidos).

El pueblo anglo-sajón, voilà l'ennemi.  
Y continuaba quebrando nerviosamente una rama de bosque muerto.

Según las nuevas que tenemos de Washington, la evacuación de las tropas francesas del territorio de México es cuestión de poco tiempo. Maximiliano, con los mercenarios de la legión extranjera y los traidores, es imposible que se sostenga tres años más. Y se sostendría menos, si en el Norte contáramos con jefes menos torpes y corchetes que Treviño y Narvaez. Luego, más o menos tarde, el tiempo de la República será infalible. Pero, ¿y después?

Después - le respondí yo - lo más probable es una revolución acandillada por algún ambicioso....

No temo a una revuelta: seré inflexible para aquel que trastorne el orden público.... no, no es eso

lo que debemos temer. Pongámonos en el punto lógico: la intervención francesa, prescindiendo de la forma sinvasora que ella entraña, es en su esencia una fuerza latina. Suprimid el principio imperial y dejad solamente el principio de fuerza: queda entonces el francés, el europeo, el latino, enemigo natural de nuestros enemigos naturales: los sajones..... en consecuencia, nuestros aliados. Porque, digase lo que se quiera, Sr Herdo, ¿no ha observado V. que desde que estamos aquí, con qué especie de desdenosa altanería nos tienden la mano estos señores americanos? Estoy seguro de que muchos vienen a verme como animal raro..... Yo los odio como enemigos y simplemente les tiendo la mano por una razón de Estado. ¿Recuerda V. aquella carta de Lincoln que leímos juntos?

"México - decía - tiene derecho a la protección de los Estados Unidos." Así hablaban los conquistadores romanos a sus vasallos tributarios. Semo más a uno de nuestros vecinos con el sombrero en la mano que a un batallón de hueros a paso de carga....

— Pero, objetaba yo: ¿la doctrina Monroe, abarcando todo el continente americano, no debilita su acción?

— No; la doctrina Monroe, más que proteje, amenaza exclusivamente a México y a Cuba. En una carta que el Presidente Jefferson dirigió en 1808 al Gobernador de la Louisiana, decía: "por ahora es conveniente que México y Cuba permanezcan dependientes de España; más tarde será conveniente fomentar su independencia, para que al fin veagan a formar parte integrante de los Estados Unidos. En diciembre de 1823,

el Presidente Monroe, en su mensaje al Congreso, dice que no permitirá que ningún poder extraño se implante en América." ¿No es esta una violación a la soberanía de los demás Estados Americanos? La única solución de ese problema estaba simplemente en una gravitación que equilibre la fuerza de los Estados Unidos. ¿La Francia tiene la suficiente vitalidad para contrarrestar la fuerza bruta de los Estados Unidos? Evidentemente que sí: vitalidad intelectual y física. ¡Ah! si pudiéramos transformar esa invasión en inmigración!

x x x

En estas y otras conversaciones pasábamos las horas de siesta; y cuando el sol se ponía y el grillo canturriaba, bajo la espesa yerba, tomábamos si-

luciosamente hacia el alojamiento,  
donde nos esperaba, las más veces,  
la noticia de una defeción o una  
derrota.....

# El Ejército.

## XIV

Las revoluciones nacen o se hacen, es  
decir, son espontáneas o simplemente ar-  
tificiales.

Para vencer a las primeras son  
impotentes los ejércitos; para domar  
a las últimas los soldados son perfecta-  
mente eficientes.

La de Tuxtepec no fue revolución  
sino sedición: y digo sedición, porque  
fue consumada por el Ejército y no  
por el pueblo. No me habéis de  
decir, porque esa fue una borrachera  
de indios: ni de Epattán, porque ese  
fue un asesinato en masa. Luego,  
sobre el ejército recae toda la  
responsabilidad del triunfo del Sr.  
Días: unos y otros, porfiristas y ler-  
distas, eran más o menos pretorianos;  
el que no había tomado las armas